

LA BARRA DE MIRTA  
COOPERATIVA DE TRABAJO EL VENCEDOR

Anabella Aparicio



Los refuerzos de pan con salame reposaban bajo el sol, apoyados sobre las bolsas negras de basura que se colocaron para evitar que el gélido frío de la mañana se sintiera en los bancos de material. En la Ruta 1, a la altura de los Accesos, corre un viento frío que llega desde la bahía montevideana. Por eso el desayuno se baja con un mate calentito y se produce una mezcla entre la niebla, el humo del cigarro y el del agua hirviendo que se entevera con la yerba.

Ese es el rato que tienen a media mañana las mujeres de la Cooperativa de Trabajo El Vencedor, (Cotraven), para descansar, reponerse y seguir trabajando. Sus tareas consisten en el mantenimiento de las áreas verdes que bordean los accesos a Montevideo.

El proyecto nació hace 11 años. Mirta García reunió a mujeres que tenían cosas en común: necesitaban darle de comer a sus hijos y estaban dispuestas a trabajar sin importar el esfuerzo. La meta era salir adelante.

Se conocieron en el comedor del Club El Vencedor, en el barrio La Teja, y por eso el nombre de la cooperativa. Empezaron unas 20 personas. Hoy son ocho mujeres y un hombre, quienes siguen creyendo en el proyecto, su mayoría jefas de hogar. Son empresarias, sus propias patronas y por eso apuestan fuerte a lo que hacen.

Mientras sacaban los guantes de jardinero y calentaban sus manos con el mate, Adriana Piñeyro recuerda que sus primeros días de trabajo fueron “en el cantero central cortando el pasto con tijeras”. Cotraven provee el servicio de mantenimiento al Ministerio de Transporte y Obras Públicas (MTO), luego de ganar una licitación. Al principio se utilizó este me-

canismo porque el organismo estatal quería probar modelos extranjeros.

“Nos arrodillábamos y le dábamos, porque había momentos que ya no sabíamos cómo sentarnos. La gente paraba y te preguntaba si estabas pagando una pena de cárcel. Pero nosotros a pesar de todo seguíamos porque fue una iniciativa para que tuviéramos trabajo. Yo estaba chocha”, agrega Alicia, jefa de hogar con siete hijos a cargo y que a pesar de su fibromialgia y sus problemas de columna, a diario sale a la ruta.

“Nosotros lo defendíamos a muerte porque veníamos de una situación de no tener trabajo, con niños. Si tú te proyectás y ves que tu situación no era buena, vas igual a juntar lo que sea. El tema era que la gente, a simple vista, si ves mujeres cortando pasto con tijera, no lo veía bien. Yo estaba embarazada incluso, y seguía”, agrega Alicia.

Esto incluso, llevó a que vecinos mandaran fotos a un medio de comunicación, denunciando que hacían trabajo esclavo. Las asociaciones eran porque usan uniformes naranjas y chalecos reflectivos, aunque tienen impreso el logo del MTOP. Esto se vio en televisión abierta. A ellas no les importó. Les explicaron a los vecinos de qué se trataba el proyecto.

“A pesar de que el trabajo es duro por estar afuera, yo por lo menos rescato que estoy en la naturaleza y al aire libre. Para mí en este momento encerrarme en una oficina o una fábrica sería terrible”, agrega Estela Villar.

A los pocos meses dejaron las tijeras y lograron comprar máquinas con el dinero que ganaron trabajando. Así comenzaron a usar bordeadoras y cortadoras de pasto. El oficio lo aprendieron a ensayo y error, fueron viendo cuál era el mejor mecanismo hasta que dieron con el acertado.

Pero también quedaba aprender el mundo del cooperativismo. Para eso hicieron un curso en el MIDES, pero algunas cosas también, las aprendieron a los golpes.

“Fue un parto”, recuerda Alicia Larrosa. “Nueve meses de golpear puertas. En los ministerios, DGI, BPS. Todo con mil sacrificios, y no se sabía si este proyecto iba a llegar a concretarse. Había días que no teníamos ni para los boletos para ir al centro a hacer los trámites o para ir a capacitarnos y había que hacer colectas. Quedaron las que más o menos tenían una lucha constante para formar la cooperativa, con un fin común que era buscar trabajo y proyectar hacia el futuro. Ahora después de todo esto no nos vamos a separar, ¡olvídate!”, resalta.

En aquel entonces, no solo ellas entraban a un mundo nuevo en el que debían hacerse cargo de temas administrativos y tomar la responsabilidad de llevar adelante una cooperativa. Sino que en las oficinas públicas “no sabían lo que eran. Tenías alguna ayuda del Ministerio de Desarrollo Social pero después tenías que desenvolverte, fue bravísimo hacer los papeleos”, agrega Alicia, una de las que estuvo en los inicios del grupo.

\*\*\*

Estela Villar tiene 51 años. Ella llegó a la cooperativa un mes después que empezó a funcionar y desarrolló allí una nueva faceta: su gusto por el trabajo administrativo.

Empezó a trabajar como empleada, le dieron como tarea encargarse de las finanzas y el papeleo. Poco después pasó a ser socia.

“Yo destaco la confianza que hay en el grupo, porque apenas entré me dieron una gran responsabilidad. Yo aprendí muchísimo y es una linda experiencia. Por suerte también me crucé con mucha gente buena que me explicó en organismos públicos por ejemplo, cómo tenía que hacer formularios o trámites”, comenta Estela.

Tiempo después, cuando ya estaba “ducha” en estas ta-

reas, formalizó sus conocimientos con un curso de Administración que hizo en El Abrojo, y admite que le gusta trabajar en esta área.

Estela tiene un hijo, y como todas resaltan, para ella la cooperativa fue un refugio en los momentos más difíciles de su vida. “Yo pasé por un momento feo porque quedé viuda, y gracias a la cooperativa salí adelante. Volví a trabajar al cuarto día porque sabía que iba a ser lo mejor, me iba a despejar. Tenía que seguir por mis hijos y tuve el apoyo de mis compañeras. Si no hubiera vuelto a la ruta, hubiese estado peor”, comenta.

Igual entre risas, Estela cuenta que en su casa “odian a la cooperativa” porque en una época, se “llevaba mucho el trabajo a casa. Apenas llegaba, me sentaba a tomar un mate y empezaba a sonar el teléfono”. Una de las cosas que marcan todas de ser cooperativista, es que el trabajo no termina cuando termina el horario laboral y eso las obliga muchas veces a seguir en contacto todo el día, resolviendo temas administrativos o de logística. “Pero bueno, yo siempre lo defendí porque es mi trabajo”, indica Estela. Ésto también les enseñó a manejar las situaciones de manera diferente, y hoy se permiten más tiempo libre.

\* \* \*

El nombre de Mirta asoma de a ratos en cada charla, ninguna quiere dejar de mencionarla y evidencia el legado que esa mujer dejó, así como la influencia que tuvo sobre ellas. “Fue a golpear la puerta de casa, porque sabía que yo no iba a abandonar”, en esa frase coinciden todas cuando se les pregunta cómo llegaron a formar parte de este proyecto.

Mirta fue una de las que inició las tareas en el comedor del Club El Vencedor y recorría siempre el barrio con activida-

des para ayudar a la gente de la zona. Falleció unos años, poco después de que Cotraven empezara a funcionar. “Por suerte llegó a ver cumplido su sueño”, cuenta Alicia emocionada, y un pequeño silencio deja correr el viento entre la ronda de mate.

“Mirta me conocía desde que nació. Yo hacía limpiezas y estaba con mi nena sola, estaba bastante mal. Gracias a ella salí adelante. A mí me hizo bárbaro la cooperativa en lo personal y en lo económico”, cuenta Sandra Moreira.

Algo similar le pasó a Mirta Echeveste, quien al separarse quedó sola con su hijo de diez meses y aceptó sumarse a la cooperativa cuando tenía un año de funcionamiento. “Es otra cosa ésto, el hecho de tener algo fijo, no como me pasaba con las limpiezas, que tenías trabajo cuando te llamaban y si no, quedabas colgada sin nada”, comenta.

Hombre de pocas palabras y rodeado de mujeres. Ese es Michael Corbo, que llegó de la misma forma al grupo y si bien es tímido en público, sus compañeras aseguran que “les come la oreja” hablando toda la mañana. A pesar de los prejuicios, le costó pero se adaptó bien al grupo. “Es un muchacho especial y se le abrieron las puertas porque la idea también era integrar a más personas”, comentan sus compañeras.

\* \* \*

Esther Barrios es la más veterana del grupo. Encargada de cebar mate, entre uno y otro cuenta su historia. A pesar de sus 56 años y de pelear con los dolores que le causa la fibromialgia contra la que lucha hace tiempo, dice con una sonrisa que no la van a “jubilar y liberarse tan fácilmente” de ella. La realidad, es que sus compañeras se preocupan por su salud y por eso quieren que deje de trabajar para disfrutar del tiempo en su casa, según comentan.

En 2008 la hija de Esther fue diagnosticada con leucemia. La cooperativa fue un refugio y un incentivo para enfrentar esa situación y conservar un espacio para ella. “Yo quise renunciar porque me iba a dedicar a mi hija y no me dejaron. Tuve un apoyo incondicional de ellas para todo”, comenta.

Todas coinciden en lo que dice Estela, la confianza, el diálogo y el compañerismo fueron la clave para mantener unido al grupo 11 años.

“Cada una tiene sus problemas, hemos pasado por diferentes cosas, pero con el diferente modo de pensar y ver las cosas como tenemos, nos hemos ido adaptando a cada una entre la joda y las malas. En las buenas cuando tenemos que salir a festejar estamos todas también. Y ese creo que es el aguante que tenemos entre todas”, agrega.

A ésto, Sandra agrega: “a veces venís re bajón, llegás y no hablas nada pasa el rato y te están preguntando qué te pasa. No te dejan así nomás”.

\*\*\*

El trabajo en grupo y el manejo de un emprendimiento tiene sus complejidades. Por eso quienes trabajan con cooperativas ven a este grupo como una referencia por su forma de organizarse laboralmente.

“La organización interna y la unidad de esta cooperativa es impresionante. La subjetividad dentro de los grupos sociales siempre está hackeada, es difícil mantener los vínculos. Pero acá siempre cumplen y están a la orden. Es increíble cómo se manejan”, comenta Fabián Vilas, uno de los referentes de El Abrojo, que trabajó con ellas en el proceso de formación de Cotraven. Él también aparece entre las personas mencionadas por las cooperativistas, consideran que él “siempre tuvo en cuenta a Cotraven” al momento de dar oportunidades laborales.



Entre las cosas que destaca Fabián, por ejemplo, se encuentran la organización y administración que lleva la cooperativa. Estos aspectos son los que les permite a sus integrantes estar al día con sus obligaciones, tanto internas como externas.

La unidad de este grupo llega al punto de que cuando se van de licencia, se extrañan. “A veces te pasa, sí, que sentís la falta de las charlas y las bromas”, comenta Adriana que es interrumpida por Alicia: “estás mintiendo de acá a Pando”, le dice y se ríen.

\*\*\*

Con los años ya se volvieron conocidas en el barrio. Al punto que pasan camiones y les tocan bocina. Los vecinos los asisten con agua fría o caliente, e incluso llegaron a ofrecerles el baño si era necesario.

“Una vez el MTOP nos quería cambiar de lugar y los vecinos juntaron firmas, sin que nosotras nos enteráramos. No querían que nos sacaran de acá porque como nos veían todos los días, ya nos conocían. Aparte las empresas privadas pasaban y no hacían como nosotros que barremos, juntamos la basura y dejamos las bolsas con todo en los contenedores”, recuerda Esther.

\*\*\*

“Acá ves de todo”, responden al unísono mientras Alicia recuerda uno de los accidentes más impactantes que vieron. Una mujer mutilada por un camión, a pocos metros de donde estaban trabajando. “Acá han andado a los tiros incluso”, acota Esther. “Y es bravo, después de eso no podés seguir”, agrega Analía. A pesar de ésto, resaltan que nunca fueron víctimas de robo en la calle mientras trabajaban.

El trabajo a la intemperie es difícil y “los años se hacen sentir”, comentan todas. Por eso ahora el objetivo de la Cooperativa es aprender otras tareas como tisanería, dar el lugar que hoy ocupan a otras personas, y seguir ellas por otro rumbo.

Su cabeza está enfocada en “ir a más”, dice Analía. Y si no es la tisanería buscarán otro rubro. También por primera vez, su historia se hizo conocida en el exterior y entre la ronda de mates, Alicia comunicó al grupo que el Ministerio de Trabajo de Paraguay las convocó a contar su experiencia en dicho país. Un orgullo para ellas, y así los desafíos se siguen sumando.